



La Formación Literaria de Rubén Darío:

(PRIMERA PARTE)

Carlos Tunnermann B

"Darío se preparó para su oficio de poeta. En muchos aspectos no tuvo sentido práctico, pero aprovechó toda oportunidad a su alcance para ampliar su educación literaria. Asimiló los conocimientos de amigos, tales como José Leonard, Modesto Barrios y Antonino Aragón en Nicaragua, Gavidia en El Salvador y Pedro Balmaceda en Chile, entre muchos otros. Pero primordialmente, leyó todo libro que pudo conseguir. Tuvo la suerte de tener a su disposición la escogida Biblioteca Nacional de Nicaragua, donde encontró no sólo las obras maestras de la literatura española, clásica y moderna, sino también de la literatura francesa. Las bibliotecas privadas de sus amigos, en Nicaragua, habrán sido fuente de algunas de sus lecturas. En Chile, en el hogar de sus amigos, encontró todas las últimas obras de la literatura europea. Su anhelo de acrecer sus conocimientos, lo llevó a leer todo libro que llegaba a sus manos. Y fueron muchos ... Este estudio ha demostrado que exigió una inmensa cantidad de duro esfuerzo formar al gran poeta que Darío llegó a ser. Los cuentos acerca de su vida bohemia son engañosos. Al resaltar las horas de intensa diversión y esparcimiento, ignoran las muchas horas de intensa actividad mental, esenciales para su labor creadora, así como las horas necesarias para la paciente recolección de su materia prima, sin la cual ninguna construcción creadora puede comenzar".

La lectura y el ejercicio del periodismo, oficio del cual vivió cerca de treinta años, fueron las

dos grandes fuentes de formación autodidacta de Rubén.

Se ha dicho, y con mucha razón, que la Biblioteca Nacional de Nicaragua, fundada en 1882 por el Presidente conservador progresista Joaquín Zavala, fue la verdadera Universidad de Darío. Se sabe que los cinco mil volúmenes fundadores de la Biblioteca Nacional, de los cuales se conservan aún varios centenares pese a los incendios, guerras civiles y terremotos que han golpeado tan duramente a nuestra sufrida Biblioteca, fueron seleccionados en España

estudios en Europa.

El primer Director de la Biblioteca Nacional fue el General y doctor don Miguel Brioso Iglesias, de origen salvadoreño. Le sucedió en el cargo el doctor Modesto Barrios, amigo de Rubén, quien en 1884, cuando el poeta tenía apenas 17 años, le incorporó con un modesto sueldo al personal de planta de la Biblioteca, cargo que conservó cuando el poeta Antonino Aragón, también amigo de Rubén, sucedió a Barrios en la Dirección de la misma. Más que una oportunidad de



por don Emilio Castelar. Fue precisamente para la inauguración oficial de esta Biblioteca que Rubén escribió las cien décimas de su poema El Libro, pero que no fue leído por Rubén el propio día de la inauguración (1 de enero de 1882) sino posteriormente, el día 24 y ante el Congreso de la República, con motivo de la apertura de sesiones de éste, suceso desafortunado que hizo a Rubén perder la oportunidad de continuar sus

trabajo, la incorporación del joven poeta al personal de la Biblioteca dio a éste la gran ocasión de dar rienda suelta a su voraz pasión por la lectura.

Sobre la permanencia de Rubén en la Biblioteca Nacional, el Profesor Torres nos narra lo siguiente: "La Biblioteca había sido enriquecida con la estupenda Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira y la Biblioteca Clásica, de Luis Najarro, ambas publicadas en

Madrid. Rubén, lee todos los prólogos de la serie de clásicos y muchas de las obras, y muchos también de los autores greco-latinos. La Biblioteca es su única escuela de humanidades y la aprovecha al máximo ... Una profunda comprensión de la importancia de poseer un vocabulario rico, induce a Rubén a estudiar el Diccionario de la Academia Española y memorizar las voces que por intuición reconoce que deben ser parte infaltable del léxico de un escritor".

-Don Antonino ya me sé el Diccionario.

-¿Cómo es eso?

-Sí, que ya me lo sé de memoria; pregúnteme cualquier palabra. -Veamos, Rubén.

"El poeta reproduce literalmente las acepciones de todas las palabras que Aragón le pregunta, abriendo el Diccionario al azar varias veces. Muchos años más tarde éste dirá a su hijo: ¡Qué memoria la de Rubén, Dios Santo! Se aprendió de un cabo al otro el Diccionario entero. Después acomete el Diccionario de Galicismos, de Rafael María de Baralt, y pronto queda ingurgitado por su portentosa memoria. La lectura de los clásicos castellanos ocupa sus mejores horas; penetra por todos los meandros del estilo de los grandes maestros del Siglo de Oro; para mientes en los más íntimos detalles de los metros usados desde los primitivos hasta los románticos, y juzga, mide y sopesa los valores que desfilan ante sus ojos ávidos. Se detiene en Góngora más que en ningún otro... Este curso de literatura castellana le deja un rico saldo de conocimientos y de buen gusto; también lee con delectación los autores franceses: Musset, Gautier, Delavigne, Vigny, y sobre todo el enorme Hugo, que son pan espiritual de su alma hambrienta de belleza. Hugo más que ninguno, a pesar de Quevedo, de Góngora, de Calderón, de todos... De los muchos autores franceses que están representados en la Biblioteca Nacional, a quien más ha leído, después de Hugo, es a Teófilo Gautier, a quien considera el primer estilista del siglo y quien le trasmite el dulce dogma del amor a la belleza .

Por esa época, y aprovechando la circunstancia de que

el Director de la Biblioteca, don Antonino Aragón, es también profesor de francés, inglés e italiano y buen conocedor del latín, Rubén se inicia en el estudio serio del francés, del inglés y un poco de latín. Acomete, junto con su profesor, la traducción de varios textos franceses, entre ellos uno de su siempre admirado Víctor Hugo.

Una pregunta que muchos se hacen se refiere a los idiomas que Darío llegó a dominar. Ernesto Mejía Sánchez, en su ensayo Las Humanidades de Rubén Darío, sostiene que hay opiniones contradictorias en cuanto a su dominio de otros idiomas: Don Ramón María del Valle-Inclán, por ejemplo, aseguraba al Dr. Julio Torri, durante su segunda visita a México, que solamente tres escritores de lengua española sabían pronunciar el latín a la perfección: Menéndez Pelayo, Rubén Darío y el propio Valle-Inclán, y debían, precisamente, a ello su gran habilidad versificadora.

Osvaldo Bazil, amigo dominicano de Darío, se expresa en cambio así: "No tuvo (Darío) facilidad para aprender idiomas. No habló ni escribió bien ningún idioma extranjero. Se defendía nada más que regularmente con su rudimentario conocimiento del francés, del inglés, del latín y del italiano. El que mejor leía era el francés. Después de veinte años de vivir en París y leer clásicos y modernos franceses, no pudo adquirir el acento parisense ni soltura al hablarlo".

Hay quienes sostienen que fue el Profesor José Leonard quien inició a Darío en el estudio del francés. Otros sostienen que fue el Dr. Modesto Barrios, quien traducía a Gautier, según el propio Darío. Y también quienes atribuyen ese mérito a Antonino Aragón. No importa mucho quien haya sido, pues la verdad es que la mayor parte de sus conocimientos idiomáticos los adquirió por su propio esfuerzo, llegando a leer y traducir el inglés, el italiano, el portugués y el catalán.

Si bien el propio Rubén alguna vez dijo que su francés era precario, de seguro se refería al francés hablado, puesto que su capacidad para leerlo y escribirlo era bastante aceptable, incluso antes de su viaje a Chile en 1886. Tal es el testimonio de

Pasa a la Página 14